



El isleño de titanio

Un homenaje a Ben Clark

León, IES Legio VII, junio de 2019



Un poeta llamado Ben

PUBLICACIÓN DEL IES LEGIO VII

El isleño de titanio

En este homenaje a Ben Clark, además del autor, han colaborado:

- Aguilar, Patricia
- Alonso, Celia
- Butler, Victoria
- Calvo, Ariadna
- Fernández, Leire
- Fuertes, Laura
- García, Blanca
- García, Laura
- González, Cristina
- González, Adelaida
- González, Jaime
- Méndez, Laura
- Muñoz, Mar
- Ortega, Lidia
- Rodríguez, Lucía
- Santos, Daniel
- Tejerina, Marina
- Vega, Cristina

COORDINA:

DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA DEL IES LEGIO VII.

Ben Clark o la multiplicidad. Raras veces un talento se ha vertido sobre quehaceres intelectuales tan variados, con un saldo tan favorable y tan prolífico. Con solo 34 años, Benjamín Clark, de ascendencia británica (su padre fue marino de la Royal Navy) y licenciado en filología inglesa, parece haber vivido ya varias vidas, pues, aunque fundamentalmente poeta, también es traductor, antólogo, crítico literario, ponente, coordinador de talleres de poesía y ha sido bibliotecario, locutor de radio, lector compulsivo, becario, presentador y monologuista. Once poema-

rios, la mayoría de ellos premiados, jalonan su producción lírica, elaborada con tesón y con un sello de autenticidad, de claridad, de cercanía afectiva.

El grave accidente de tráfico que sufrió en plena juventud marcó su vida y lo decantó definitivamente hacia la literatura. Su osamenta se completó a partir de entonces con varias placas de titanio.

Su dicción lírica parte de la experiencia (a veces de la ensoñación o de la fabulación) y asombra por su densidad, su rigor, su contención emotiva. Frente a tanto poeta posnovísimo ininteligible, Ben nos

conmueve con una poesía accesible, casi coloquial, aparentemente sobria de recursos literarios, pero plena de ciertas imágenes en las que se hace presente su plasticidad y su avisada ironía.



La madurez de un joven

Fue Gertrude Stein, una norteamericana de origen judío y afincada en París, quien, a su pesar, bautizó a una generación de escritores. Dirigiéndose a Hemingway, que se demoraba en cumplir los encargos literarios, le espetó aquello de “Usted y sus amigos (allí estaban, entre otros, Scott Fitzgerald y John Dos Passos) son una generación perdida”. Pero lo despectivo se trocó en extraordinario. Aquella Generación Perdida habría de dar tres Premios Nobel. Ben Clark ha bautizado a su generación como la de los despojos, la de “los hijos de los hijos de la ira”. La alusión a Dámaso Alonso es demasiado evidente. El autor del poemario *Los hijos de la ira* había escrito algo que quizá el propio Clark suscribiría: “¿Por qué nos atrevemos a tocar, Señor, con nuestras manos el misterio de la poesía, que es el tuyo mismo?”

Ben Clark, nacido en Ibiza, ausente de Salamanca, vecino de Málaga y transeúnte en León, donde nos traes tu verso emocionado, tu afable simpatía, tu juventud otoñada, sazónada en fruto. Que las musas te sigan siendo propicias.

La joven voz de Clark trasmite madurez expresiva, pero también originalidad artística y transparente musicalidad, urdida esta por el sabio manejo del encabalgamiento. El amor, la familia, la naturaleza, la vida y la muerte -los grandes temas de la lírica de siempre- se dan cita en su ya caudalosa obra, influida por los clásicos -Lope de Vega, Rubén Darío, Edward Thomas, César Vallejo, García Lorca- y los contemporáneos -Anne Sexton, Piedad Bonnet o Luis García Montero, por citar algunos-. Apasionado en su sentimiento y contenido en su expresión, nos entrega su dolorido sentir, aunque este último aparece circundado siempre de una cálida y entrañable humanidad.

La policía celeste es uno de sus mejores poemarios. Con él obtuvo el XXX Premio Loewe de Poesía que, hoy por hoy, es en España el de mayor dotación económica, 25.000 €, superior incluso a la del Premio Nacional de Poesía. El jurado supo reconocer, entre más de 700 trabajos presentados, la valía literaria de una obra prístina y señera, que aunaba reflexión y lirismo. El título, como se aclara en un breve prefacio, proviene de la denominación de una decimonónica sociedad astronómica constituida en Alemania hacia el año 1800, con el objeto de encontrar un incógnito planeta perdido, que, según la ley de Titius-Bode, debía existir entre las órbitas de Marte y Júpiter. Pues bien, ese planeta que debía existir, según la intuición de aquellos astrónomos, se encontró más tarde. Es un planeta enano, de 945 Km de diámetro, y recibe su nombre de Ceres, la diosa romana de la agricultura, las cosechas y la fecundidad.

De igual modo que un científico pudo intuir la existencia de un planeta -y esa existencia sería corroborada más tarde por la observación astronómica-, así la poesía nos permite intuir la existencia de ciertas realidades que no son evidentes, pero sí reales, tan reales y ciertas como el amor, el dolor, el sentimiento de plenitud o el desamparo, el deber de solidaridad que nos une con nuestros semejantes.

Luis Miguel Alonso



¿Alguna vez os habéis parado a pensar quién está detrás de contenidos virales, quién los capta o quién los crea? Estas últimas semanas, he reflexionado mucho sobre el fenómeno de lo viral: algo (una imagen, un vídeo, una noticia o incluso un poema...) que se propaga a gran velocidad y que puede llegar a los lugares más recónditos del planeta. Un contenido que gusta, divierte, hace pensar... y que por eso se comparte y comparte y comparte. El proceso de lo viral esconde una ironía: cuanto más se viraliza algo, más difícil es saber quién ha sido el creador; el contenido gana fama mientras el autor se va perdiendo por las redes. En consecuencia, lo viral termina siendo un poco de todos y un poco de nadie; patrimonio de la humanidad durante un tiempo, hasta que cae en el olvido y solo quien lo creo lo recuerda desde el anonimato.

Hoy tenemos la suerte de compartir unas horas con el poeta y traductor Ben Clark, autor de un poema que alcanzó la categoría de viral (de hecho, en su último poemario, *Armisticio 2008-2018*, se incluye este poema, escrito en 2011. Ben Clark es natural de Ibiza, aunque en la actualidad reside en Málaga debido al turismo masivo que padece la isla. Saltó a la fama en 2006 con su poemario *Los hijos de los hijos de la ira*, ganador del XXI Premio Hiperión, aunque ya en 2001 había publicado su primer libro *Secrets d'una sargantana i altres poemes*. Antes de ganar el premio Hiperión, fue becario de creación literaria en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores en la promoción 2004-2005.



Como poeta, ha publicado ya once libros entre los que cabe destacar, además de *Los hijos de los hijos de la ira*, los siguientes títulos: *La mezcla confusa* (VII Premio Nacional de Poesía Joven Félix Grande en 2011); *Mantener la cadena de frío*, con el que gana el IV Premio de Poesía Joven RNE en 2012; *La Fiera* (2014), por el que obtuvo el Premio Ciutat de Palma Joan Alcover y el Premio El Ojo Crítico de RNE de Poesía 2014, y *La policía celeste* (2018), por el que obtuvo el XXX Premio Loewe de Poesía. Otros títulos de Ben Clark son *Cabotaje*, del año 2008; *Memoria* (2009), *Basura* (2011) o *Los últimos perros de Shackleton*, del 2016.

Como traductor de poesía, ha publicado los *Poemas de amor* de Anne Sexton en 2009, la *Poesía Completa* de Edward Thomas en 2012 y, junto a Borja Aguiló, la antología *Tengo una cita con la Muerte (Poetas Muertos en la Gran Guerra)* de 2011 en la que se recogen poemas escritos por poetas que murieron en la Primera Guerra Mundial.

Además de su faceta de poeta y traductor, Ben Clark ha colaborado con artículos y entrevistas en distintos periódicos como *El País*, *El Mundo* o *El Diario de Ibiza*. En la actualidad, escribe para el periódico digital *Nou Diari*, en el que tiene una sección semanal.

De Ben Clark la crítica ha dicho que «desde que hace más de una década se presentara como nieto de la ira, ha ido forjando una voz caracterizada por el desarraigo existencial, la ironía irreverente y una afortunada mezcla de contención reflexiva y desbordamiento pasional.».

También se ha destacado su dominio del encabalgamiento y, de sus últimos poemarios, se ha señalado que en ellos se puede detectar una «fijación con misiones imposibles, empeños personales movidos por una poderosa fe muchas veces destinados al fracaso», algo que se hace evidente en *Los últimos perros de Shackleton* y en *La policía celeste*. De este último poemario, el jurado del Premio Loewe ha señalado que se trata de un «libro de madurez de una persona joven, muy sencillo, muy transparente, traspasado de una sabiduría y de una objetividad ante una realidad».

Inés de Godos

Semblanza del poeta

Ben Clark (Ibiza, 1984) es poeta y traductor. Es autor de los poemarios *Los hijos de los hijos de la ira* (XXI Premio de Poesía Hiperión. Hiperión, 2006. Delirio, 2017); *Cabotaje* (Delirio, 2008); *Memoria* (Huacanamo, 2009); *Basura* (Delirio, 2011); *La mezcla confusa* (VII Premio Nacional de Poesía Joven Félix Grande. UP José Hierro, 2011); *Mantener la cadena de frío* (escrito con Andrés Catalán, IV Premio de Poesía Joven RNE. Pre-Textos, 2012); *La Fiera* (Sloper, 2014), por el que obtuvo el Premio Ciutat de Palma Joan Alcover

y el Premio El Ojo Crítico de RNE de Poesía 2014, *Los últimos perros de Shackleton* (Sloper, 2016) y *La policía celeste* (Visor, 2018), por el que obtuvo el XXX Premio Loewe de Poesía.

Ha sido becario de creación literaria en la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (2004-2005); en The Hawthornden Castle International Retreat for Writers, (Escocia); en The Château de Lavigny International Writers' Residence (Suiza) y en la Fundación Valparaíso de Mojácar.

Como traductor de poesía ha publicado los *Poemas de amor* de

Anne Sexton (2009), la *Poesía Completa* de Edward Thomas (2012) y, junto a Borja Aguiló, la antología *Tengo una cita con la Muerte (Poetas Muertos en la Gran Guerra)* (2011), todas ellas en Ediciones Linteo. Además, junto al poeta Andrés Catalán, tradujo para Editorial Delirio el poemario *En otro momento* (2013), del premio Pulitzer Stephen Dunn. Otras labores de traducción incluyen los libros de cuentos *Diez de diciembre* y *Pastoralia* del narrador estadounidense George Saunders. Actualmente vive en Málaga.

Obra poética publicada

- *Armisticio* (2008-2018) (Palma de Mallorca, Sloper, 2019).
- *La policía celeste* (Premio Loewe 2017; Madrid, Visor Libros, 2018).
- *La Fiera* (Premio Ciutat de Palma Joan Alcover 2013 y Premio Ojo Crítico de RNE de Poesía 2014; Palma de Mallorca, Sloper, 2014).
- *Los últimos perros de Shackleton* (México D.F., Proyecto Literal, 2013).
- *Mantener la cadena de frío*. IV Premio de Poesía Joven RNE, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2012).
- *Basura* (Salamanca, Editorial Delirio, 2011).
- *La mezcla confusa* (VII Premio Nacional de Poesía Joven Félix Grande; San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular José Hierro, 2011).
- *Memoria* (Barcelona, Editorial Huacanamo, 2009).
- *Cabotaje* (Premio Arte Joven de las Islas Baleares 2005; Salamanca, Editorial Delirio, 2008).
- *Los hijos de los hijos de la ira* (XXI Premio Hiperión; Madrid, Ediciones Hiperión, 2006).



PROSA Y VERSO DE BEN CLARK

La culpa es del amor. Un amor de verano en Ibiza

Todo lo que vas a leer a continuación no puede ocurrir. Es mentira. Pero te da igual. No importa. Un amor de verano en Ibiza. Algo dentro de ti no quiere renunciar a la idea. Hay algo en la oficina dormida y tomada por los becarios; algo en el zumbido tan razonable del aire acondicionado y algo en las aceras achicharradas de la ciudad que te invita a cerrar los ojos con una actitud más emparentada con la espera que con la fabulación. Y da igual que te lo repita: no puede ocurrir. Tu amor de verano en Ibiza no existe, no se materializará, no es posible. No llegarás a Ibiza, un día de mediados de julio, en un viaje improvisado –y barato– con dos buenos amigos, ni saldréis del aeropuerto para subiros, sin tener que lidiar con una cola infinita, a un taxi. El hotel no será acogedor ni estará, técnicamente, “en primera línea”. La cerveza no estará del todo fría y el calor sofocante y húmedo no te parecerá, por raro que te parezca, veraniego. No saldréis, perfumados y encamisados, a tomar la noche ibicenca con la convicción absoluta de que toda la isla estaba esperando vuestra llegada. No saldrás a la terraza de Pachá Ibiza a tomar el aire y a pensar brevemente en la insoportable levedad del ser ni estará ella sola, mirando hacia el puerto mientras fuma. No dirás algo gracioso pero inteligente –en un inglés más que aceptable– ni ella se reirá ni hablaréis un buen rato allí, en la terraza de Pachá Ibiza, en julio, desdeñando el ruido y la furia de dentro donde –fantaseáis– sus dos amigas y tus amigos bailan juntos sin echaros en falta.

En un momento dado no dirás, cumpliendo con el deseo frustrado de todos los cinéfilos, “Hey, let’s get out of here”, ni obtendrás una sonrisa cómplice como respuesta afirmativa mientras, ya de la mano, os abris paso –sin dificultad– entre los cuerpos del estío –nada sudados– rumbo a la salida y después al taxi –sin cola– donde el taxista, ante la frase de ella pronunciada entre carcajadas (“Take us to the beach!”), no entenderá perfectamente lo que requiere la noche y la situación ni os llevará, por lo tanto, a una cala remota –pero a la que se tarde poco en llegar– donde un pequeño chiringuito de playa permanece abierto todavía –así es en Ibiza, te dices, contemplando el aire acondicionado y observando el ir y venir infructuoso del becario– y donde encontraréis una mesita íntima iluminada por una bombilla amarilla que no impide apreciar los reflejos de la luna llena sobre las olas negras de ese mar antiguo. Nada de esto sucederá. No beberéis extraordinarios mojitos a cinco euros ni sugerirás –oh, mesetario tú– que os bañéis (“Hey, you wanna go for a swim?”), ni te sorprenderá su entusiasmo ante la idea ni os desnudaréis sin pudor ni reparo para entrar entre risas en el agua, bajo la atenta mirada del rey de los mojitos, a quien todo aquello le parecerá una prueba más de que su vida en Ibiza es, claro, tan maravillosa como tú la imaginas. *Ya sé que no sirve de nada insistir en ello, sé que sigues pensando en ese chiringuito, faro vital en la oscuridad azul de la noche de Ibiza.*

Sus besos no serán tiernos, porque no habrá besos, sus ojos no te observarán sin pestañear durante breves eternidades porque no habrá ojos. Ya sé que no sirve de nada insistir en ello, sé que sigues pensando en ese chiringuito, faro vital en la oscuridad azul de la noche de Ibiza, sé que estás pensando en el ruido de las olas y en el agua templada que envuelve vuestros cuerpos desnudos y perfectos. Sé que te acabas de dar cuenta, y ella también, de que no os habéis dicho ni el nombre y os parece lo más natural, lo más lógico y lo más deseable. Sé que no te imaginas que hará frío después, sin toalla, y que vestirse con el cuerpo lleno de sal y arena es bastante desagradable. Sé que no has pensado en que será literalmente imposible conseguir que venga un taxi a la cala remota -a la que se tarda, sin embargo, poco en llegar- o que los mojitos te provocarán diarrea o que ella te eche un poco la culpa de todo, no sin razón. Y a pesar de todo esto, comprendo bien que te resulte imposible aceptar que tu amor de verano en Ibiza es un anuncio de cerveza, que tu vida no experimentará nunca ese filtro de Instagram o que, en verdad, Ibiza ni siquiera existe más allá de esta oficina.

Ben Clark



Patricia Aguilar y Laura Fuertes

Hoy es el Día Mundial de la Poesía. Hoy es el día de esa cosa que a casi todo el mundo “le cuesta”. Sí, la frase “a mí es que la poesía me cuesta” es ya casi un himno entre los poetas y es normal, porque la poesía cuesta, la poesía es difícil, la poesía, vamos a decirlo ya, no es para todo el mundo. ¿Cómo? Sí, tal cual: la poesía no es para todo el mundo, y te lo voy a demostrar. ¿Con qué? Pues con poemas, claro.

Te interesa la idea de la poesía. No sabes exactamente en qué consiste pero entiendes que es algo que puede ser positivo para tu vida, es un poco como ir al gimnasio, pero más barato (quizá el problema sea ese, que la poesía, al ser gratis, es demasiado barata, pero este es otro tema y no vamos a entrar en eso), es como comer fruta, como acordarte del cumpleaños de tu tía Lourdes. La poesía es buena, sí, pero chico, qué pereza que da. Tranquilidad. Calma.

Lo primero es saber para qué queremos la poesía. Está claro que no nos puede interesar si no sabemos para qué nos sirve o si es que nos sirve para algo. Pues mira, no está muy claro para qué sirve la poesía, pero sí que se ha podido demostrar, de forma científica, que un poema puede ayudarte a comprender qué te está ocurriendo en tu vida loca. La poesía es como Siri. Lo sabe todo de ti, te puede sugerir cosas, te puede orientar. Por ejemplo, ¿has estado alguna vez enamorada/o de alguien? Es probable que sí. ¿Qué sentías? ¿Qué sientes? Difícil de describir, ¿verdad? Pues este magnífico soneto (¡no te asustes!) de Lope de Vega te puede echar una mano:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe.*

La poesía es esto: algo que habla de nuestra vida, de lo que nos pasa como personas. Ni más, ni menos. La poesía no es poesía porque rime, porque esté escrita en verso, la poesía no es poesía por estar hecha de palabras “bonitas”. La poesía es poesía porque está hecha de verdades, de cosas que nos han pasado, que nos están pasando o que nos pasarán. La muerte, por ejemplo, es tan inevitable como el amor, y por eso necesitamos poner en palabras esta experiencia que, por desgracia, nos deja siempre mudos. ¿Cómo hablar de este dolor? ¿Cómo hablar de las putadas que nos hace la muerte cuando nos quita a las personas que queremos? Este poema del poeta peruano César Vallejo intenta hablar de ello, y casi lo consigue (y digo puede hablar, y este maravilloso poema es un buen ejemplo de que, a veces, podemos estar cerca de expresar lo que no sabemos expresar):

*Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios;
como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!
Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.
Son las caídas hondas de los Cristos del alma
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.
Y el hombre... Pobre... ¡pobre!
Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.
Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!*

Menudo poema. Cualquiera se atreva a hablar después de esto, pero bueno, hay que seguir. Porque la poesía también es eso, seguir, continuar en la búsqueda de lo que no sabemos para poder hacer más soportable, más hermoso, más amable lo que sí que conocemos. Mira, si no te gusta la poesía te propongo una idea: es posible que sí que te guste la poesía pero lo que ocurre es que no has encontrado todavía tu poema. Esta idea es importante: no se trata de que nos gusten poetas. Nos gustan poemas. Debemos estar atentos a los poemas, no a los poetas. En alguna parte hay un poema que habla de algo que estamos viviendo nosotros en este mismo instante, y sólo tenemos que encontrarlo.

Me gustaría compartir contigo otro poema. Es un poco triste, pero es, también, un poema que puede reconfortarnos porque es un poema que habla de un momento difícil y nos ayuda a comprender lo que estamos viviendo. La poeta que escribió esta maravilla se llama Piedad Bonnett y es una poeta colombiana que recomiendo muchísimo. Se llama “El borde” y creo que es una de los poemas más bellos que he leído en toda mi vida:

*Lo terrible es el borde, no el abismo.
En el borde
hay un ángel de luz del lado izquierdo,
un largo río oscuro del derecho
y un estruendo de trenes que abandonan los rieles
y van hacia el silencio.
Todo cuanto tiembla en el borde es nacimiento.
Y sólo desde el borde se ve la luz primera
el blanco-blanco
que nos crece en el pecho.
Nunca somos más hombres
que cuando el borde quema
nuestras plantas desnudas.
Nunca estamos más solos.
Nunca somos más huérfanos.*



“En alguna parte hay un poema que habla de algo que estamos viviendo nosotros en este mismo instante, y sólo tenemos que encontrarlo.”

Hemos hecho un viaje muy corto pero muy intenso. Hemos atravesado varios siglos de la poesía escrita en español de un plumazo pero, con todo, ha sido suficiente como para poder acercarnos a lo más hermoso que tiene la poesía: su misterio. ¿Hace falta comprender un poema? ¡No! ¿Hace falta saber qué quiere decir un poema? ¡En absoluto! Los poemas no quieren decir nada, los poemas dicen, los poemas hablan, los poemas son como amigos que nunca te fallan y que están allí cuando más los necesitas. Por eso amo la poesía y es para mí un inmenso honor intentar convencerte de que en verdad te gusta. Y, si realmente no te gusta la poesía, si después de leer decenas de poemas eres capaz de decir en voz alta, alto y claro, “a mí no me gusta la poesía”, pues perfecto, me alegro, todavía podemos ser amigos e incluso muy buenos amigos. Porque la poesía no lo es todo en la vida, aunque hable de todo lo que hay en la vida.

Ben Clark

“Hijos de la bonanza”

«Hijos de la bonanza», nos llamaban: los que no conocieron ni la hambruna ni las agudas larvas de estridencia chillando en el oído por las bombas. Y cuando nuestras piernas, tan delgadas, caían y sangraban porque el parque era de un hormigón armado y frío, se quedaban callados, observando nuestro llanto con un gesto de sorna. Debíamos vivir y dar las gracias por la ocre rozadura en la garganta que provocaba el aire al refugiarse. Agradecer las flechas de las nubes y que un fango lechoso a nuestros pies –en un último gesto agonizante– le mordiera las botas al progreso. ¿Y cómo agradecerles la alegría? La risa provocada por los hombres inocentes del mar cuando se encaminaban hacia el río dispuestos a bañarse entre excrementos. También estaba el tedio de tener que explicarles a los niños palabras como pueblo indio, oso pardo, ballena azul o lince ibérico. Pero esto eran minucias, sacrificios en nada comparables al sufrido por aquellos que ahora nos decían hijos de nuestra sangre, tan severos.

Aunque, a veces, es cierto, no fue fácil, simplemente intentamos ir viviendo. Haciendo caso omiso a los escrúpulos, al vacío que moraba en nosotros, hijos de la bonanza; los hijos de los hijos de la ira, herederos de todos los despojos.

de Los hijos de los hijos de la ira. 2006

El regreso

*Regresar de la muerte es improbable.
Regresar del amor un imposible.*

*La persona que vuelve sin saber nunca a dónde,
bajo las tenues luces de farolas quebradas;*

*la persona que vuelve sin saber nunca a dónde,
sabiendo que sus viajes ya no sirven;
no conoce otra patria que el pecho de la ausencia.
No entiende ya la lengua de los hombres,
y todas sus costumbres le parecen banales.*

*Esa persona triste que ha visto medio mundo
buscando los dos cuartos desgajados del alma
no quiere volver nunca. No puede volver nunca.*

de Cabotaje. 2008

Envidiame, yo puedo amarte aún

*Cuando ya no es posible cuando ya
y ya no y es que todo es demasiado
yo puedo amarte aún.
Cuando tú y cuando entonces y después
y me dijiste y puede que si hubiéramos
yo puedo amarte aún.*

*Cuando ella y cuando él y las llamadas
y las veces que no te respondía,
cuando acaso y en este mismo instante;
no después sino ahora y no hace falta
decírtelo de nuevo pero sí:
yo te amo por encima de nosotros.*

de Los últimos perros de Shackleton. 2016

Los rotos

*Todas las divisiones son mentira
salvo la que divide los cuerpos en dos
grupos incomprensibles entre sí.
Aquellos que se han roto y los que no.*

*Los rotos no pedimos demasiado:
que se nos quiera, sí,
que los que no han vivido la fractura
tengan paciencia
si mascullamos viendo las noticias
o hacemos el amor
con un poco de miedo.
Entenderás, entonces, ciertas cosas.
Por qué en casa las tazas no se tiran
y por qué a veces quiero
estar solo después de que suene un portazo.
Los ritos de los rotos, amor mío.
Ademanes que espero que no comprendas nunca.*

de La policía celeste. 2018

Descubriré que el amor es mejor

*Es hermoso el amor con buenas vistas,
con viajes y dinero para almuerzos
en restaurantes caros el amor
es siempre verdadero, puro, eterno.
Es perfecto el amor cuando hay un coche
tapizado de cuero y GPS
integrado, el amor, que no te engañen,
así es mejor, le pese a quien le pese.
Porque si uno elimina las miserias
que entorpecen los días de los pobres,
y los cambia por gozo y por belleza
todos los besos son mucho mejores;
cada conversación es trascendente
y todas las caricias son de fuego.
Tenemos lo difícil: nos tenemos.
Lo único que nos falta es el dinero.*

Poema adentro

*Cuando escribo me acerco a las respuestas,
soy resiliente y listo como un tordo
cuando escribo despacio
sobre el papel que, luego, en unas horas,
o puede que en un año, leeré
con desesperación y con urgencia
porque no sabré nada de la vida,
porque seré el de siempre; el que no soy
en este instante cuando escribo «coma»
cuando escribo este verso, con confianza,
valiente y muy tranquilo,
porque aquí tengo todas las respuestas
y no existe otro golpe que los ritmos
en desfile y jamás se ha muerto nadie
dejando un verso a medias. O eso creo.
Dudo, y dudar presagia ya el final,
el retorno del hombre sin propósito,
el hombre torpe y solo
que en vano buscará en estas palabras
el sentido de todo lo que hay fuera.*

En la cima de la alegría

*Si pudiera sentarme en el montículo
oculto que han formado
los arrepentimientos de mi vida,
y hubiera un sitio blando, un árbol bueno
que me diera refugio y, por pedir,
quizá, una buena vista.
Y si, encima de todo, ya tranquilo,
pudiera meditar sobre el amor
y describir su rara anatomía
con un verso ligero de equipaje
que no mirara atrás, un verso libre
compuesto sin dolor, allá en la cima.*

Contra la literatura

*No hay nada más inútil que escribir.
Nada más dependiente que los libros.
Pero Alberto me llama y me pregunta
"¿Qué te está pareciendo mi novela?"
Y yo le digo bien, salvo este punto
y el momento en que dice esto y aquello
y él escucha y anota y bien parece
que aquí estamos haciendo algo importante.
Quién pudiera vivir fuera de un libro,
juntar en un hatillo las palabras
y haciéndose a la mar decir "Adiós;
me voy para morir entre las fauces
de una auténtica bestia, les regalo
la curva de mi espalda, mis bolígrafos,
el impreciso sueño de la gloria,
la implacable derrota de mi olvido".*

Darwin se acerca a Lady Macbeth un sábado noche

*Si me he acercado a ti es porque estás buena.
Si dijera otra cosa, mentiría.
Y quiero conocerte, de verdad,
y que tú me conozcas, con el tiempo,
que hagamos nuestros sitios que ahora mismo
no nos importan nada. Quiero echarte
de menos, que me llames y me digas
que me extrañas muchísimo, que falto.
Quiero memorizar tu piel, decirte
que tienes un lunar nuevo en el hombro,
quiero decirte «Cielo» y que te enfades
porque odias ese nombre. Quiero verte
cada día que pueda y discutir
por cosas que ahora mismo dan igual.
Quiero saber que estamos distanciándonos.
Notar cómo los días nos devoran,
irremediamente.
Quiero que me preguntes qué nos pasa
y no tener palabras que decirte.
Cuando tú ya no estés tan buena y yo
ya no le dé importancia a ese detalle.
Porque yo no seré tampoco joven
y mis preocupaciones serán otras:
pensar cómo es posible que hoy de nuevo
nos estemos mirando como aquella
noche en que caminé hasta ti y te dije
algo — ya no me acuerdo— que quería
conocerte supongo y los dos éramos
lo mismo que ahora somos. ¿Qué me dices?*

Homenaje a la geografía

Recuerdo una discusión feroz
en clase de geografía. El profesor
nos había dicho que el número
de paralelos y meridianos era infinito.
Imposible, gritábamos.
Imposible.
Nosotros éramos apenas unos niños que,
como todos los niños, veníamos de la muerte
y la conocíamos bien. Nosotros
éramos apenas unos niños
frente a un profesor de geografía,
apóstatas de la infinitud frente a un hombre
que ya transpira,
que se enrojece,
que ya parte la segunda tiza por la mitad
mientras berrea sobre la necesidad de que entendamos
la incuestionable infinitud de unas líneas invisibles.
Algunos creyeron comprenderlo y abandonaron
las canicas para siempre.
Vagaban como celadores por los pasillos
durante el recreo; calculando y comentando
la cantidad de paralelos y meridianos
que les perforaban en cada instante.
Los Sansebastianes los llamábamos,
víctimas de aquel Diocleciano geográfico y perverso,
fiel servidor del dios Azimut.
Si bien la comprensión del fenómeno condujo
a los Sansebastianes directamente al funcionariado,
la sospecha de que aquello pudiera ser cierto
también causó estragos entre aquel deleznable puñado
de futuro que constituía 3º B: algunos
–la mayoría– abandonaron la literatura para siempre,
otros se aferraron a ella como balseros con tisis.
Los que pertenecíamos al segundo grupo
debíamos sufrir una condena que iba más allá
de un suspenso en materia de geografía. Sería
imprescindible mantenerse en movimiento,
recorrer cada escorzo del mundo y huir
de la inmisericorde mirada de Greenwich.
La lectura paliaba el miedo.
Despistábamos las latitudes recorriendo
páginas sin descanso.
“Lo que el escritor ha unido
que no lo separe el hombre”,
nos había dicho el profesor de literatura,
pero nunca supimos bien
a qué se refería.
Puede que no significara nada,
del mismo modo que el empeño vacuo
del geógrafo proselitista tampoco tenía
que habernos afectado del modo en que lo hizo.
Pero las cosas son así. Tenemos
la cabeza tatuada con las máximas
herméticas de uno, con las cifras incontestables
del otro.
Recorremos el mundo cada vez en un sentido
diferente y leemos,
sobre todas las cosas,
Leemos para olvidar,
para ser veloces,
para que no nos puedan definir las coordenadas.

Revolución

Contra todo florecen los almendros.
Protesta radical e inquebrantable.
Este siglo veloz sin concesiones
ya no tiene un talón
visible; más que un ojo tiene mil
y no hay David que pueda ya vencerlo.
Escasean los héroes
en esta era de plasma
y, con todo, florecen los almendros.
Crear en el amor tampoco sirve
–contra el amor las flores han marchado–,
de amor están repletas las cunetas;
entre los vivos sólo
persiste el verde amor por el dinero.
Mienten las dependientas el catorce
y por eso florecen los almendros.
Por el sapo dorado, el tigre persa,
por el león del cabo y el dodo,
el pingüino gigante,
el águila de Haast y el tilacín,
la paloma viajera, el pájaro carpintero
Imperial, por el ciervo de Schomburgk
llevan su luto blanco los almendros.
Porque hoy en día existen los esclavos
–las flores lo repiten: ¡hay esclavos!–
y lugares oscuros
y cárceles sin nombre
donde la vida es sólo un agujero.
Con la voz de los mudos se resisten
a callar los almendros.
Hay un dolor oculto en primavera,
nada sabe del hombre, de su historia
de guerras y desastres,
también este dolor es algo hermoso,
hermoso, ambiguo y brevemente eterno;
es la pena inefable
que hace estallar de amor a los almendros.
En este florecer tan subversivo
se han ido las pasiones de otros años,
se ha ido la esperanza
con la escarcha de enero y con el agua
que tímido se adentra en un febrero
que es testigo del cambio y del combate:
contra todo florecen los almendros.



BASURA
BEN CLARK



ANDRÉS CATALÁN & BEN CLARK
MANTENER LA CADENA
DE FRÍO

PREMIO DE POESÍA JOVEN
DE AENE
2011

PRE-TEXTOS, POESÍA

**Los últimos
perros de
Shackleton**

Ben Clark



SLOPER

Ben Clark

La policía celeste

XXX Premio Loewe



Septima Fica

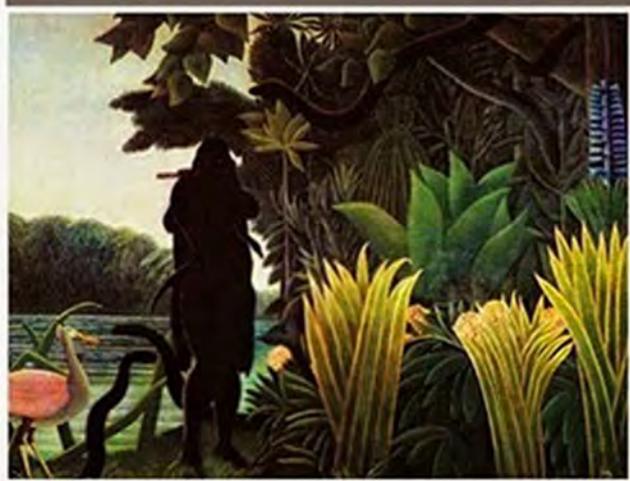
La Fiera

Premio Ciutat de Palma
Joan Alcover 2013

Ben Clark

LOEWE
FUNDACIÓN

Colección Visor de Poesía



Algunos poemarios de Ben Clark

LOS HIJOS DE LOS
HIJOS DE LA IRA

BEN CLARK



CABOTAJE
BEN CLARK



Ben Clark

LA MEZCLA CONFUSA



MEMORIA
BEN CLARK



Armisticio

(2008-2018)

Ben Clark



SLOPER



Hola, mi nombre es Igualdad

Soñar con los ojos abiertos,
con la luz curando las heridas,
de que algún instante de placer,
es posible.
Ponerse el chaleco naranja,
aferrarse a ese trozo de plástico
y a la manita de la niña de al lado,
que, entre sollozos, dice "mamá".
Levantarse y gritar "auxilio"
y saber que solo, únicamente,
el testigo de tu súplica es el Mediterráneo.
Refugiada me llaman,
persona soy,
ciudadana del mundo
y habitante de la mar.
De tez negra, sí, pero humana,
no animal.
Hola, mi nombre es Igualdad.

Celia Alonso Digón

Un hombre joven en poesía abierta

Utiliza el tiempo, ama lo que hace,
vive todas las verdaderas cosas de la vida,
el amor, el recuerdo, el temor, la muerte.
El peligro de una orilla al otro lado de la nada
o tal vez al otro lado de la vida.

Ama lo que traduce, es generoso, altruista,
deja caer sus mejores adjetivos
sobre poemas ajenos,
tal vez los suyos requieran todavía más
porque están ahí,
sobre el papel, sobre el abismo que nos une
con la nada,
con lo que el hombre sueña.
Qué es lo cierto, el nacer, el amor,
el volver, el esperar.
Porque todos caminamos hacia el mismo sitio,
el volver, el retornar.
Tras el cruzar del tiempo, la muerte...

Cristina Vega Roviroso

Abre tus ojos

Y te das cuenta de que esa sonrisa
que veías todos los días ya no está.
Te das cuenta de que esos ojos marrones
por los que perdías el norte
ya no están.

Te das cuenta de que el roce de sus manos,
su olor inconfundible...
ya no están.

Todo lo que fuisteis,
ese cuento de hadas que vivisteis
desaparece poco a poco
dejando un hilo cada vez más fino
que os une...
Pero acabará rompiéndose,
y con ello vuestra unión,
vuestra relación.

Pero, seguramente la seguirás amando,
la seguirás recordando,
seguirás reviviendo en tu mente
el día que os mirasteis por primera vez,
deseando volver, y empezar de nuevo...

Pero... eso no pasará, y te das cuenta
de que ella ya no está,
sus cosas ya no están,
pero tú, la seguirás amando.

Laura García Tomé

Nieto de la ira

Dices ser nieto de la ira, Ben Clark,
en Ibiza no destaca el abstemio,
te desenvuelves en aire bohemio
al igual que en la moto, como Marc.

Tus poemas me llevan a Central Park,
ganaste más de un generoso premio,
pero debimos pagarte el laudemio,
como un vástago de la casa Stark.

Haces ver a un daltónico el color,
haces que el ignorante sienta el arte
y el narcisista hacia otro el amor.

Físicamente, eres un baluarte;
de Luismi este soneto hago por mor;
pero admiro tu obra, déjame amarte.

Daniel Santos Ramos



La sombra de un clavo

Una disculpa en el tintero.
 Gritos envasados al vacío durante años.
 Moléculas de amor que mueren
 con el paso del tiempo (y de decepciones).
 Partículas de sueños frustrados.
 Pastillas para dormir;
 balas somníferas mutantes
 de canciones de cuna de mamá.
 Mamá. Te echo de menos.
 Chispas de ilusiones que se consumen
 desde el principio de los tiempos.
 Terapias mal llevadas sin nadie
 que mediera por dos histéricos.
 Te quiero emponzoñados que nunca te dije.
 Cenizas de una infancia corrompida
 en el abismo de mi memoria.
 Susurros y premoniciones de un futuro mejor
 que nunca lograron encontrar su hora de cumplirse.
 Una lágrima que cae y se escapa a traición
 a pesar de que el sujeto miró hacia arriba.
 Oscuridad absoluta y un silencio escabroso.

Al eclipse de mi corazón,
 le sobra espacio
 en la sombra
 de un clavo.

Marina Tejerina

Desnúdate

Desnúdate, dicen,
 escribe con el alma
 y desnúdate ante el papel,
 desnúdate ante los ojos
 de quien lee.
 Como si no dejase una parte del mí
 en estos versos,
 en estos versos,
 que quizá sean lo único que permanezca.
 En estos versos,
 reflejo de mi ser
 profundo, oculto, abandonado
 que quizá sean lo único que prevalezca.
 En estos versos,
 que ahora no son otra cosa sino yo,
 ojalá sean lo único que permanezca,
 pues no puedo perderlos a ellos
 tanto como no puedo
 perderme a mí.
 De que ella ya no está,
 sus cosas ya no están,
 pero tú, la seguirás amando.

Lidia Ortega

Engánchate

Venga, rápido, engánchate a algo.
 Al feminismo, al marxismo, al cristianismo.
 A los periódicos, a los crucigramas, a Telecinco,
 a Bukowski, a hablar de vino, a un partido político
 y defiéndelo. Hazle la jodida propaganda.
 Engánchate a algo, al surf, al yoga, a las drogas duras
 y a los malditos ojos como platos.
 A la memoria histórica, a no salir de casa
 y al tabaco.
 Engánchate a cotillear, a hablar, hablar, hablar,
 hablar. Repetir las cosas una dos tres cuatro cinco
 seis siete ocho nueve diez veces.
 Engánchate a leer y a escribir, a una serie
 y a contarle a todo el mundo cuál es tu maldita
 película favorita.
 Engánchate a odiar, a las frases positivas,
 a los libros de autoayuda y a llorar por alguien
 que ya no conoces. Imbécil.
 Engánchate a YouTube, a los documentales
 apocalípticos, al código binario
 y a los postulados de todo tipo.
 Mierda.
 Engánchate a algo y corre a contárselo
 a todo el mundo.
 Engánchate al vino barato, al Chester,
 al Camel, al Marlboro o al Philip Morris.
 Engánchate a Stephen, a Rhodes, a Baudelaire,
 a Nietzsche y a la izquierda de Rajmáninov.
 Engánchate a las enfermedades mentales
 y a los planes de futuro.
 Pero engánchate joder,
 quizás aún puedas elegir a qué.

Adelaida González

El mar en Cabo Vidio

Cadencia de la tarde. Un mar de estruendo
 atempera la costa. El alto cielo,
 haciéndose a la mar en frágil vuelo
 de velero y cristal. La luz mintiendo.
 Me he asomado a un Cantábrico tremendo
 donde empieza la sed y el desconsuelo;
 donde un temible mar de amargo velo
 torna espuma la sal; donde estoy viendo
 esta extensión oceánica y oscura
 cincelar tenazmente acantilados
 e igualarse a la costa en estatura.
 Donde gimen los vientos desairados,
 y se ciernen insomnes en la altura
 las gaviotas, los vértigos alados.

Luis Miguel Alonso

Glosa del poema “Darwin se acerca a Lady Macbeth...”

De todos los poemas que he oído recitar a Ben Clark el que más me llamó la atención fue “Darwin se acerca a Lady Macbeth un sábado noche”. Me parece asombroso que tras el aparente prosaísmo inicial (“si me he acercado a ti es porque estás buena”), el poema va tomando hondura en su transcurso. El sujeto lírico nos describe lo importante que se volvió esa chica para él, y no hablo del físico de Lady Macbeth, sino de sus propios sentimientos, de cómo quiere conocerla, pasar el tiempo con ella, valorar lo que realmente vale la pena: la personalidad, los buenos momentos, las risas, porque con el paso del tiempo, el físico será lo que menos importe, no tendrá ya relevancia para ellos.

Hoy en día no es raro que en un bar una persona se te acerque y te empiece a decir piropos para ligar contigo, y se ve que esa era la intención de Darwin esa misma noche, pero la cosa no quedó ahí, quiso conocerla de verdad, quiso conocer su cuerpo, sus virtudes, sus rarezas, incluso sus enfados, quiso echarla de menos, distanciarse de ella para luego reencontrarse ambos con más exaltación.

Ahora bien, ¿qué hubiera pasado en el caso de que Lady Macbeth hubiera dicho no esa misma noche? Es decir, si ella se hubiera ido esa noche de allí, sin haberle dado la oportunidad de conocerla, de quererla, tal y como nos lo explica, este poema no hubiera existido, -o bueno, puede que sí, ya que tampoco tenemos la respuesta que le dio esa misma noche ella, pero yo creo con toda mi alma que ella le dijo que sí... Es cierto que la vida da vueltas y vueltas, y que cada decisión que tomamos realmente puede cambiar el rumbo de nuestra vida, y aquí hay un claro ejemplo de ello. Lady Macbeth, se quedó, dio a su pretendiente la oportunidad de conocerla, pero, si hubiera decidido marcharse, probablemente no se habrían vuelto a ver más. He de decir, que quizá, si yo hubiera sido Lady Macbeth, al escuchar semejantes palabras de una persona, seguramente habría despachado a Darwin con términos muy poco amables y acaso me habría arrepentido con el tiempo de haber perdido tal oportunidad.

Seamos sinceros, todos nos fijamos en la apariencia de los demás; Ben Clark lo dejó claro en el primer verso de su poema: si Lady Macbeth no le hubiera parecido atractiva, no se habría acercado a hablar con ella. Aun atesorando valores maravillosos, Darwin no la habría cortejado si no le hubiese gustado su apariencia física. Pero bueno, ¿qué vamos a intentar cambiar nosotros, si sólo somos simples personas? ¿cómo vamos a luchar contra los ideales de belleza que la sociedad, la publicidad nos impone? Podemos intentar cambiar nuestra apariencia, y quizá lo logremos, pero nunca cambiaremos cómo somos o cómo sentimos. Y esto último es justamente lo fundamental.

Muchas gracias, Ben Clark, por enseñarnos, o al menos, enseñarme a mí, a mirar más allá de las cosas. A no quedarme quieta, y recordarme que, si queremos algo, debemos luchar y tratar con todas nuestras fuerzas de lograr nuestros objetivos, metas, sueños, porque eso es lo que realmente nos hará felices.

Laura Méndez Pérez

Glosa del poema “Envidiame, yo puedo amarte aún”

De todos los poemas de Ben Clark, sin ninguna duda el que más me ha gustado y llamado la atención ha sido el de “Envidiame, yo puedo amarte aún”. Creo que la manera en la que las palabras están dispuestas es perfecto para armar el sentido del poema. Especialmente, en este poema me gustan desde las cosas más simples a las frases hechas, en las que el amor surge cual condena. Considero más hondo el último verso del poema (“yo te amo por encima de nosotros”), pues aquí el amor comparece como algo superior a las necesidades del ser humano. Una vez que se encuentra el amor de verdad, se deja a un lado el egoísmo personal porque en el fondo, todos deseamos tenerlo, a pesar del sacrificio que comporta. Ciertamente, a pesar de los problemas, el amor es un sentimiento muy difícil de controlar, aunque no sea compartido. El que lo experimenta, no lo puede evitar.

Mar Muñoz

Gracias a un sábado noche

Lo conseguí.

Conseguí formar parte de tu vida, conocerte, crecer contigo, despertar todas las mañanas a tu lado y que lo primero que sienta sean tus labios sobre mi frente.

Conseguí echarte de menos y comprender que sin ti nada tiene sentido.

Conseguí que tú también me extrañaras, y me enamoré de tu radiante sonrisa cada vez que me mirabas.

Conseguí que dejara de importarme que estés buena porque, gracias a ese sábado noche, alcancé mi felicidad.

Lucía Rodríguez

Sé valiente

Te miro y veo los años vividos,
las risas y los juegos de la infancia,
Veo tu lealtad sin arrogancia,
la honestidad en tus ojos vivos.
Cierro los míos y escucho sonidos
y confidencias ya sin importancia,
De experiencias que ahora en la distancia
Nos recuerdan los viajes compartidos.

Nunca cambies tus ganas de aventura,
De vivir cada día como un reto.
Sé valiente y abandona la cordura.

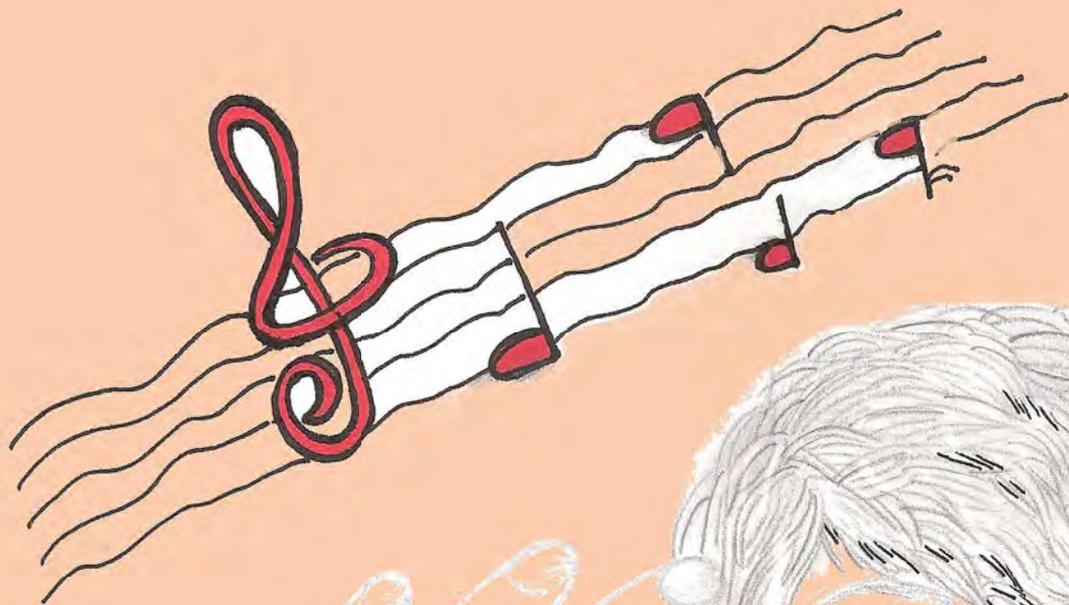
Leire María Fernández

ILUSTRACIÓN PARA EL POEMA "LOS ROTOS"

*Todas las divisiones son mentira
salvo la que divide los cuerpos en dos
grupos incomprensibles entre sí.
Aquellos que se han roto y los que no.*



Blanca García González



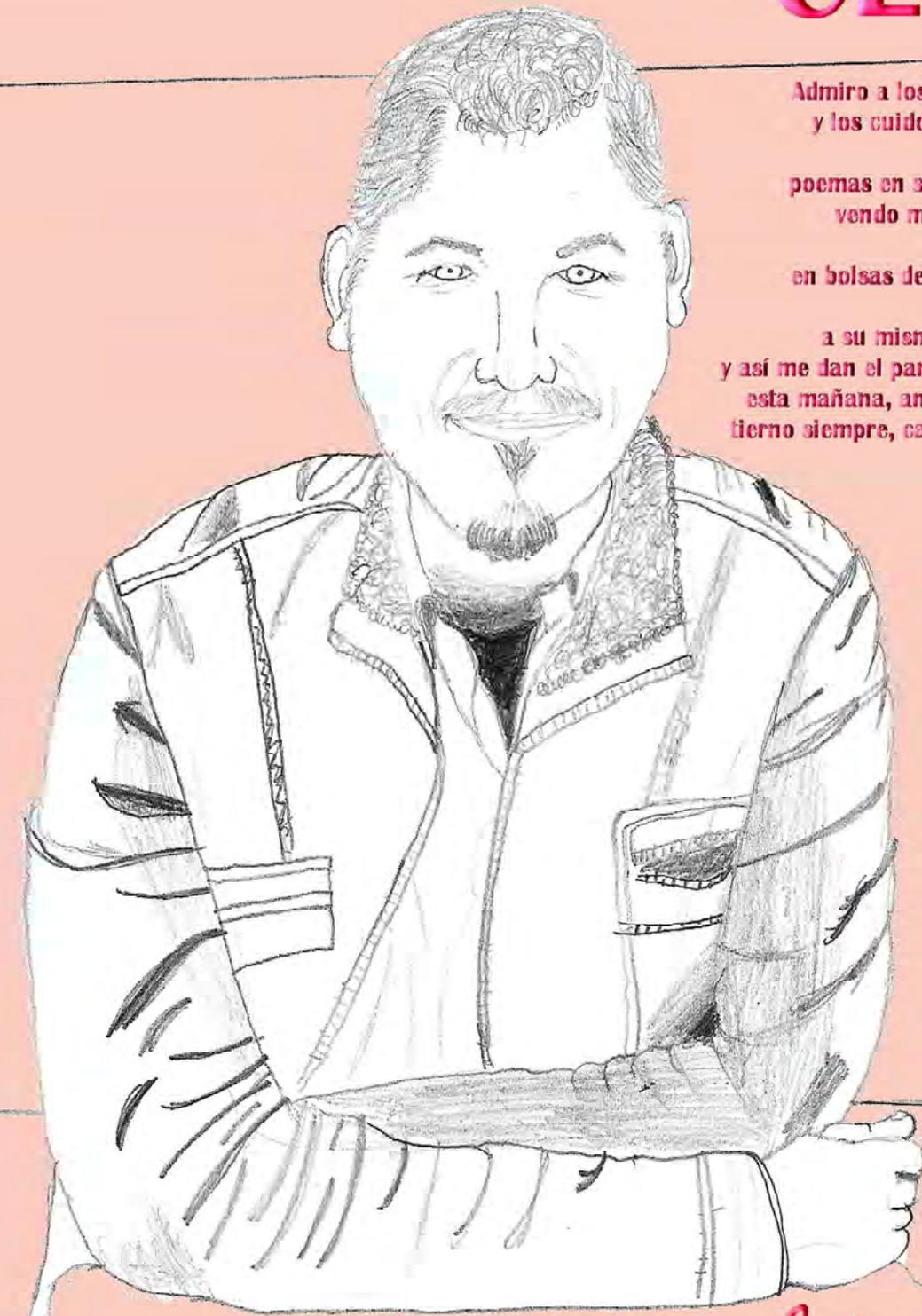
Decía Rostropovich
que uno antes de tocar las Suites de Bach
debía pedir perdón.
Yo que hoy es parecido cada vez
que deseo tocarlo y tú me dejas:
Pido perdón por todas las poemas
que escribí describiendo este momento.
BEN CLARK
ROSTROPOVICH.



Ariadna Calvo

CERES

Admiro a los amigos que hacen pan
y los cuidan y protegen con conjuros
inventados, escribo
poemas en su honor y, si se mudan,
vendo mi biblioteca y doblo mal
la ropa y la introduzco
en bolsas de basura y voy con ellos,
a su barrio, a su calle,
a su mismo edificio si es posible,
y así me dan el pan, el pan que han hecho
esta mañana, anoche, ayer, no importa,
tierno siempre, caliente aunque esté frío.



Jaime González

ILUSTRACIÓN PARA EL POEMA "EL REGRESO"



Victoria Butler

